

y la Santa Silla que reclamaba el restablecimiento del «mártir» prisionero antes de toda negociación, lo mismo que entre los sabios belicosos de las dos confesiones.

Dividióse la opinión pública. Los católicos veían en esa conducta una opresión del clero por medio de los funcionarios, y reclamaron que la Iglesia fuera independiente del Estado; los protestantes consideraban la querrela como una lucha de la libertad alemana contra la dominación romana. Aumentóse la confusión todavía cuando Dunin, arzobispo de Guesen y de Posen, prohibió á su vez la bendición nupcial de los matrimonios mixtos sin la garantía de una educación católica, y como se le hubiera ordenado que se presentara en Berlín, quiso con la fuga escapar á la cárcel que le aguardaba, pero detenido al fin, fué conducido preso á la fortaleza de Colberg, —7 de Junio de 1840.

En medio de estas circunstancias, subió al trono Federico Guillermo IV, dirigiendo desde luego toda su atención á apaciguar la Iglesia. Puso al obispo Dunin en libertad bajo una promesa muy equívoca, y autorizó el comercio inmediato de los obispos con Roma; dió igualmente libertad al arzobispo Droste, y en una muy honrosa comunicación, le declaró disculpado de todo manejo revolucionario; después de haber convenido con la Santa Silla y con él mismo, que renunciaría, por motivos de salud, á regresar á Colonia, y tomaría por coadjutor, con derecho á la sucesión, al obispo de Spira, Juan Geissel.

Esta victoria y la visible condescendencia de los gobiernos protestantes por las pretensiones y amenazas del clero, hincharon de orgullo á la Iglesia católica y pusieron cada vez más de manifiesto la debilidad del protestantismo á causa de sus divisiones.

En Wurtemberg, también los ultramontanos alumbraaron de nuevo la antorcha de las discordias confesionales.

Las peticiones de separación de las escuelas del Estado y de sumisión de éstas á la Iglesia, prueban que el clero católico se entregaba á una confianza tan grande en sí misma, como si se tratara en Alemania, de Francia ó de Bélgica.

Las ideas de la Edad media que gustaban á varias testas coronadas, y en especial á los reyes de Prusia y de Baviera, lo mismo que á muchos miembros de la aristocracia, eran muy favorables al desenvolvimiento de la Iglesia católica. A pesar de numerosas pruebas en contrario, pasaba la Iglesia romana por estar animada del espíritu conservador, y en los círculos elevados los ultramontanos y los convertidos eran siempre bien acogidos.

En Baviera, los conventos y las iglesias que en todas partes se elevaban, el número creciente de frailes y la disminución del protestantismo, denunciaban la existencia de una teocracia ultramontana y de un ministerio dirigida por ella; en el Rhin, en donde varios burgos restaurados en estilo gótico daban testimonio de ese diletantismo gótico y caballeresco, se procuró hacer de la conclusión de la catedral de Colonia, no un símbolo de la unidad alemana y de la energía nacional, sino una glorificación y una victoria de la Iglesia católica. Pero el favor concedido á las procesiones, á los peregrinajes y á toda esta organización exterior, destinada á mantener y á difundir la superstición, se estrellaban de una manera demasiado abierta con el espíritu del tiempo, para que la trama artificial de la teocracia pudiera triunfar por completo; y desde que se hubo rechazado el Concordato en el ducado de Baden, —7 de Abril de 1860,—sucediendo luego lo mismo en Wurtemberg, —16 de Marzo de 1861,—pareció como inevitable el que la opinión pública tomase esa tendencia, tanto más, cuanto que el Concordato, concluido por Austria, —18 de Agosto de 1855,—en una hora funesta, corría verdadera pareja con la legislación del emperador José, y no le valió al imperio más que una serie de embarazos, pues al lado de los derechos concedidos á la Iglesia protestante, perdió mucho de su importancia primitiva.

Respecto del catolicismo alemán, cuando el clero rhiniano puso á la credulidad pública á la ruda prueba de la organización de un peregrinaje á la santa túnica, sin costuras de la catedral de Treveris, —18 de Agosto á 6 de Octubre de 1844,—muchos católicos ilustrados se separaron de los ortodoxos. La satisfacción que causó ese peregrinaje, en el cual más de un millón de personas tomaron parte, fué turbada por una carta contra la fiesta de los ídolos de Treveris, dirigida al obispo de esa ciudad, el Tetz del siglo XIX. Esta carta pública venía de Juan Ronge, joven sacerdote de Silesia, suspendido por causa de desobediencia á las autoridades eclesiásticas; emanaba, pues, de una comarca en donde el espíritu liberal, teniendo á su cabeza al sabio Theiner, había ya combatido el despotismo de Roma. Siguiéronle otros folletos que reclamaban la fundación de una iglesia católica nacional, lo cual no podía dejar de causar una viva impresión en medio de la efervescencia de los espíritus. Así no se pasó mucho sin que un cierto número de adheridos se agruparan en Breslau en torno de Ronge, formando una comunidad religiosa, independiente de Roma y de la ju-

risdicción episcopal, á ejemplo de lo que había pasado en la pequeña ciudad polonesa de Schneidmuhl, en donde el joven vicario, Juan Czerski, queriendo casarse con una muchacha polonesa, había fundado, con algunos de sus partidarios, una comunidad católica, apostólica cristiana. En poco tiempo, se formaron á su ejemplo, otras muchas en otras ciudades del Norte, y más tarde también en el Sud de Alemania, á instancias de la de Breslau, comunidades católicas que, unidas con Ronge por medio de mensajes de adhesión, estaban de acuerdo para exigir una confesión de fe muy simple, el libre uso de la escritura y la independencia de las comunidades católicas.

La tendencia racionalista que de tal modo se había manifestado en Breslau, respondía al espíritu democrático de la época, y encontró entre los católicos que se habían separado de su Iglesia, más eco que la confesión de fe emanada de la comunidad católica de Czerski, quien mantenía no sólo los puntos principales de la antigua ortodoxia, sino también algunas doctrinas romanas. Así hubo desde el origen una división que no hizo desaparecer el concilio organizado para la Pascua de 1845 en Leipzig, en donde quince comunidades estuvieron representadas. La confesión de fe que en él se elaboró, no contenía, fuera de la repudiación absoluta de la jerarquía papal y de la libre interpretación de la Biblia, más que el símbolo de los apóstoles mutilado. Czerski mantuvo el símbolo apostólico entero, con la enunciación de la fe en la divinidad del Cristo. En desquite, el catolicismo alemán de Ronge se reforzó en algunas localidades, con la adhesión de algunos «amigos de las luces», protestantes que habían roto con la Iglesia del Estado.

Mostráronse hostiles los gobernantes á los católicos alemanes. En Baviera y en Austria los «disidentes» católicos fueron expulsados; en otros Estados se les prohibió el uso de las iglesias y se les impidió su multiplicación, quitándoles sus derechos civiles; en la Hesse electoral se les negaba la sepultura sagrada. En todas partes las segundas cámaras se levantaron para defender sus derechos, pero en Baden la moción sobre la libertad religiosa produjo la disolución de la Dieta.

Los protestantes, casi unánimemente, ofrecieron desde nuevo á la nueva Iglesia, el uso de sus templos, auxilio en dinero y el auxilio de su prensa cotidiana, sin el propósito de proselitismo, sino con grandes esperanzas patrióticas. Pero después de una tolerancia pasajera por parte de los gobiernos, amenazados durante los años 1848 y 1849, las comu-

nidades de católicos alemanes y de amigos de las luces que, en el intervalo, habían decaído, fueron suprimidas más tarde en algunos países, por lo que toca á su carácter religioso y sometidas á las leyes sobre las asociaciones políticas y sociales. Solo más tarde, en una época más agitada por las cuestiones religiosas, se manifestó una nueva vida en esas comunidades.—La Asamblea general de las reuniones reformadoras tuvo lugar los días 24 y 25 de Octubre de 1863, por Ronge, Ducat y Struve, en Francfort sobre el Mein.

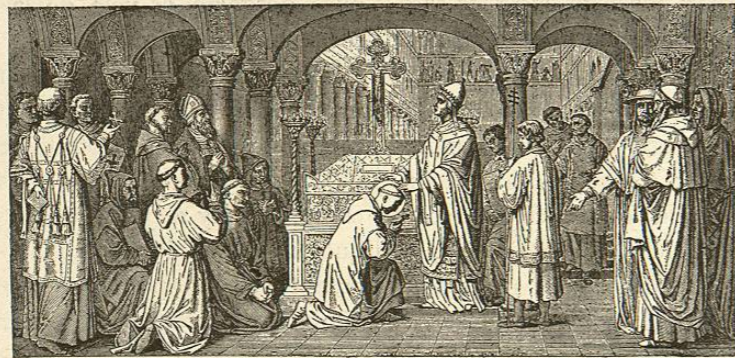
Si los autores y los guías de ese movimiento no poseyeron la energía y las facultades necesarias para dar á su obra la vida y la consistencia, y para llenar la misión que les había sido confiada, siempre resultó que su tentativa tuvo una importancia real pues desgarró el velo de la unidad religiosa que había cubierto hasta aquí las enfermedades del catolicismo. Notóse desde entonces que no existían menos divisiones y desgarramientos en la Iglesia católica que en la protestante; que millares, millones de personas pertenecientes al catolicismo se encuentran muy alejadas de él por sus opiniones: y que, en él también, todas las tendencias, desde la creencia en las apariciones celestes y á las curas milagrosas del príncipe de Hohenlohe y del pastor de las cercanías de Colonia, hasta á la incredulidad completa y al ateísmo, cuentan con partidarios.

En cuanto á la Iglesia protestante, que tiene sus raíces y su base en la libertad intelectual, ofrece todavía una más grande diversidad de fenómenos y de divergencias. Alemania, tierra natal del protestantismo y madre de la teología y de la filosofía protestantes, fué también en el período moderno la iniciadora de sistemas y de organismos religiosos, quienes, en razón del individualismo del pueblo, tomaron las direcciones y las formas más diversas.

La antigua división entre el racionalismo, que coloca la ley suprema por encima de toda religión en la razón como revelación natural, y el sobrenaturalismo, que la descubre en una tradición sagrada como revelación sobrenatural, persistía aún, pero con menos ardor belicoso de una parte y otra, bien que el campeón del racionalismo Paulus, —1767, 1851,—quedaba en pié en medio de las jóvenes generaciones, como la última columna de los tiempos pasados. Hicieronse afortunadas tentativas para conciliar las dos tendencias y fundar una nueva teología más profunda, por de Welte, —1780-1849,—que una carta de pésame á la madre de Sand obligó á huir á Basilea, en donde trató la Escritura con una entera libertad de espíritu, manteniendo

los derechos y la importancia de la razón en materia de creencia y de moral en la vida cristiana, pero señaló también en los dogmas de la Iglesia una poesía sagrada y necesaria.

Schleiermacher, — 1768-1834, — teólogo igualmente distinguido como predicador, como pensador y como profesor académico, había sido educado en los piadosos sentimientos por los hermanos moravos; iniciado por sus estudios á todo lo que la literatura de los librepensadores y la filosofía de los escépticos había avanzado contra el cristianismo, y habiendo alcanzado una intuición más elevada del mundo por el examen de las obras de Platon y de Kant, de Spinoza, de Fichte y de Shelling, procuró poner de acuerdo la fe cristiana y las exi-



Cuadro de E. M. de Hess en la Basílica de San Bonifacio, Munich

talidad, los milagros y las revelaciones, etc., rechazó el ciego dogma de la autoridad como un servicio de esclavo, y honró la religión bajo toda forma y bajo toda aparición.

Daub, — 1765-1836, — Marheinecke, — 1780-1846, — y Neander, — 1789-1850, — obraron con el mismo espíritu, los dos primeros poniendo en obra, de una manera independiente é inteligente, en la teología, los resultados del desenvolvimiento filosófico de su tiempo, en especial del sistema de Schelling y de Hegel, y Neander por sus trabajos históricos, concebidos en un espíritu de dulce y bondadosa piedad cristiana. El primer centro de esta nueva teología, más ancha y más profunda, fué la Universidad de Heidelberg, resucitada por el gran duque Carlos Federico, en donde Daub, de Welte, Marheinecke, lo mismo que el pedagogo cristiano Schwartz — 1766-1837, — enseñaron al mismo tiempo, hasta tanto que los tres más jóvenes, de Welte, Marheinecke y Neander fueron llamados en 1811 á Berlín, en donde, de concierto con Schleiermacher, fundaron la más célebre facultad de teología de nuestra época.

gencias de la razón. Los esfuerzos que hizo en Berlín para despertar por sus «discursos sobre la religión á los más ilustrados de sus detractores,» una nueva vida religiosa, tuvieron un éxito duradero. En su pintura ideal de la religión, Schleiermacher la despojó de todo lo que el Estado, la ciencia, la teocracia, la intolerancia, la sed de controversia y el simbolismo popular le aplicaron de falso, de estrecho y de quimérico; por lo contrario pintó la piedad, la confianza en Dios, el sentimiento de comunidad con el infinito, y mostró como esos sentimientos se encuentran inevitablemente en toda su pureza, en el corazón humano. Ganó partidarios por la indiferencia antisacerdotal con que sacrificó las concepciones materiales de Dios y de la inmor-

De la misma manera que Voltaire y los enciclopedistas, precursores de la grande revolución francesa, habían atacado el cristianismo y la Iglesia, de la misma manera pensadores y escritores atrevidos dirigieron sus ataques contra la religión cristiana, contra la creencia en Dios y en la inmortalidad, convirtiéndose en avanzadas de la conmoción general de 1848. Un cierto número de poetas y de literatos intentaron reemplazar la antigua fe «que había consolado á la humanidad durante diez y ocho siglos,» por el nuevo Evangelio de la rehabilitación de la carne, y representaron la beatitud celeste, la esperanza de los pobres y de los desgraciados, como una superchería de los curas y de la superstición.

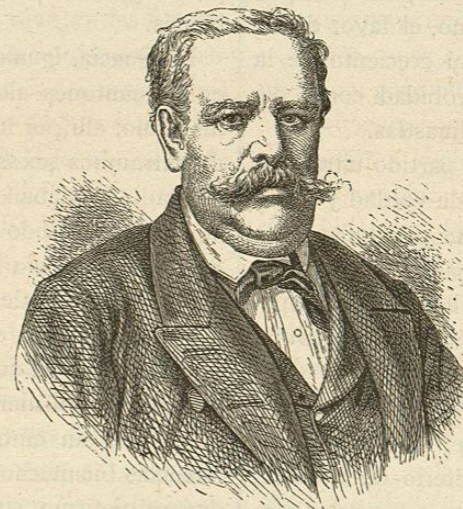
La joven escuela hegeliana no se mostró menos hostil á la religión. Hegel, — 1770-1831, — en los últimos tiempos profesor en Berlín, fundador de una filosofía política, durante mucho tiempo en favor, á causa de su tendencia dominante, el absolutismo, enseñaba que la divinidad, el Espíritu, pasaba al mundo; en la naturaleza, que las dos potencias del universo no podían ser comprendidas en su esencia;

su idea, más que por el pensamiento, por las leyes de la lógica y de la dialéctica. Su filosofía, aun cuando reconocía en el cristianismo la forma más perfecta del desenvolvimiento de la conciencia divina, llevaba en ella los gérmenes del panteísmo, como lo probó más tarde, á pesar de las negaciones de sus partidarios.

Después de la muerte del maestro, los discípulos se separaron en dos campos, ortodoxo uno, heterodoxo el otro. Los campeones de éste, espíritus jóvenes, demolidores, levantaron la eterna antítesis de la divinidad y del universo, proclamando sólo como verdadero Dios el espíritu viviente en la na-

turalidad y en la humanidad, é interpretaron la inmortalidad como el paso de la alma humana por el universo para desaparecer y revivir con aniquilación de toda individualidad.

David Strauss, — nació en 1808, — en su *Vida de Jesús*, contestó, por medio de la crítica histórica, la veracidad de las relaciones evangélicas respecto de la vida, de las doctrinas y de la muerte del Cristo, y no descubrió más que un genio religioso en los mitos bíblicos. A causa de su desacuerdo con la creencia cristiana del pueblo, fué llamado por el gobierno liberal de Zurich, — 1839, — para ocupar la cátedra de teología de la universidad de dicha ciu-



MAURICIO DE SCHWANDT. — 1804-1871

dad; pero derribado el gobierno cantonal por el pueblo levantado para defender su fe, impidió la ejecución de ese proyecto. La suerte del jefe del movimiento, de B. Hirgel, probó, por lo que luego sucedió, que el levantamiento tuvo un origen impuro.

Bruno Bauer, — nació en 1809, — trató los evangelios como producciones literarias, redactadas tanto por el fondo como por la forma, con más fortuna que habilidad, apoyándose en el sentido común. Esas opiniones declaradas incompatibles con la posición del profesor de teología, hicieron que fuera separado de la Universidad de Bonn. Espíritu negativo sin límite ni moderación, se convirtió más tarde en apologista del absolutismo ruso y de la uniformidad católica griega.

Luis Feurbach, con Arnald Ruge, que se encontraban en primera fila de los espíritus negativos, tomó á empeño «emancipar á su nación del prejuicio religioso en general;» trató el cristianismo como una idea fija y consideró toda religión como una ilusión

del espíritu, un sueño, en el cual el hombre al despertarse no encuentra á otro más que á sí mismo; su «bautismo á la agua fría,» gustó á una juventud que decía que estaba «reñida con Dios.»

En vano los gobernantes muy inquietos por esa tendencia irreligiosa y anticlerical del espíritu moderno que amenazaba llevar un disolvente profundo en las bases espirituales de las cosas establecidas, quisieron venir en auxilio de la verdadera fe, persiguiendo y destituyendo á los discípulos de la ciencia que, como los Titanes, estaban prestos á escalar el cielo. El pueblo alemán, en todas partes en oposición con los manejos de los políticos del poder; desconfiando de sus intenciones, no escuchaba con agrado por esto más que las nuevas doctrinas. Schelling, á quien no se llamó á Berlín desde Munich sino para que parara los golpes dados á la filosofía, procuró en efecto destruir la influencia de esos demolidores por medio del establecimiento de una filosofía religiosa mística, en la cual anunciaba la perfecta unión de la ciencia con una Iglesia del por-

venir; pero una gran parte del pueblo alemán, muy hostil á esta sabiduría favorecida por el gobierno, no vió en los escritores perseguidos más que los evangelistas y mártires de la libertad.

Hasta contra el profeta de Berlín, contra Paulus, entró en liga el viejo racionalismo.

La línea que se debía seguir, según Strauss, en el campo de la teología, encontró en fin su desenvolvimiento normal en la escuela de Tubinga, que tuvo por jefe reputado á F. G. Baur,—1792-1860,—y á E. Zeller y á otros, como partidarios y adeptos.

En oposición con el espíritu anticlerical, formóse bajo la égida protectora de los príncipes, un partido muy creyente, con un cierto tinte de pietismo, que compartía con el ultramontanismo, el favor de las clases amenazadas por el espíritu creciente de la negación, y una reputación de probidad como defensor del derecho divino de las dinastías.

El partido pietista, así como el partido ultramontano, despreciaron como fuentes de verdad y como guías de la vida, las investigaciones profundas de la ciencia y los esfuerzos de la civilización mundana, y en esto se encontraban de acuerdo con sus antípodas, los profetas de la destrucción y de la revolución.

Mientras que la *Gaceta evangélica* de Hengstenberg,—1802-1869,— juzgaba sin miramientos las personas y las cosas, según el criterio de un estrecho clericalismo, pero fuera de esto, procuraba consolidar la Iglesia como una imagen de costumbres puras y de la vida cristiana; mientras que en diferentes

Estados de la Confederación germánica, en la Hesse electoral por ejemplo, por Vitmar, y en el Mecklenburg, por Kliefoth, se restableció la Iglesia luterana del siglo XVII; en otras comarcas, la fe cristiana, tan recientemente resucitada, tomó un carácter enfermizo muy peligroso para las costumbres. En Königsberg, en un círculo pietista frecuentado por la alta sociedad, se entregaron los ánimos á una piedad sensual muy refinada que degeneró, por las críticas de los adversarios, en misterios, hasta tal punto vergonzosos, que fué preciso abrir una información judicial.

En Sajonia, el pastor Stephan, quien por su elocuencia popular ejercía una gran influencia en los espíritus simples y poco cultivados, pero que no tenía más que bajos sentimientos y secretas pasiones, agrupó á su alrededor una comunidad de *viejos luteranos* que le eran adictos hasta el fanatismo. Amenazado de una información judicial, proclamó como una orden de Dios la emigración, y con seiscientas de sus ovejas partió para América del Norte,—1836.

—Reconocido por sus adeptos como un maestro espiritual y temporal, dió libre curso á sus servicios, y después de haber sido destituido y expulsado por sus demasiado confiados fieles, muy tarde desilusionados,—1846,—acabó por entrar en el girón de la Iglesia católica.

Hechos análogos se produjeron en el Wurtemberg, en donde unos separatistas, con el asentimiento y bajo la vigilancia de las autoridades, se dieron una constitución especial, civil y religiosa, y en donde otros emigraron á esa América tan fecunda en sectas, para fundar, no lejos de Pittsburg, con el nombre de Harmonitas, una asociación de todo punto patriarcal que reconocía la comunidad de bienes.

En Suecia, igualmente, se produjo lo mismo que en los cantones alemanes de Suiza, un fanatismo mal sano; allí por los «alertas» de algunos jóvenes de entrambos sexos que, en un lenguaje bíblico muy excitado, llamaban á los pueblos á la penitencia; aquí, y sobre todo en el cantón de Zurich, por una exaltación que era la consecuencia de la estancia de la señora de Krudener.

En tanto, pues, el espíritu alemán, no encontrando alimento á su actividad en la esfera política, amenazaba con abismarse en sus excesos clericales; produjéronse, sin embargo, en el campo religioso influencias bienhechoras. El fervor cristiano del verdadero pietismo, su activa abnegación en el campo práctico del cristianismo,—cuidados y socorros á los pobres y á los enfermos, asilos para los niños abandonados, misiones al exterior y al interior,—tuvieron una saludable influencia en un gran número de aquellos que habían censurado su exclusivismo, su egoísmo y su rabia de persecución. Fueron cultivadas esas nuevas conquistas con cuidado, por los partidarios de la escuela teológica de la conciliación Nitzsch, Lücke, Ullmann, etc.; éstos, lejos de hacer la guerra á la ciencia, no procuraban sino ganar terreno para una muy viva intimidad con ella. Pero carecía esta escuela teológica de valor para resistir á las influencias de los ortodoxos, quienes, para beneficiar la autoridad de que gozaban los jefes de esa escuela, no dejaban de tirar de ella.

Así sucedió, que tendencias decididamente liberales, como las del Círculo protestante que, bajo la dirección de hombres distinguidos pertenecientes al clero y al mundo, como Shenkel, Bluntschli y R. Rothe,—1868,—ganaban todos los años más numerosos partidarios entre las clases ilustradas, se desenvolvieron en sentido directamente opuesto á esa escuela y á los sínodos por ella frecuentados.

De la misma manera la «Unión de los hombres cristianos» que se había propuesto en los últimos tiempos resistir á los esfuerzos lo mismo radicales que ultramontanos en el terreno de los textos de confesión de fe, no tuvieron ni la generosidad ni el valor de tender la mano á los hombres del «Círculo protestante» por una acción común.

Cuando Federico Guillermo IV subió al trono prusiano, los ortodoxos y los pietistas creyeron que había llegado la Edad de oro; mas aun cuando ese soberano estaba muy dispuesto á su favor, tenía sin embargo, sobrado tacto é inteligencia para entregarse á un partido poco numeroso. Fundó con el concurso de la reina de Inglaterra, el obispado de Jerusalén, según el rito anglicano, y tuvo en las fuentes bautismales al príncipe de Gales; mostróse muy sensible á la pompa del culto católico en la solemnidad que tuvo lugar, en Colonia, á propósito de la construcción de la Catedral; instituyó el orden del Cisne y favoreció en Alemania toda propaganda religiosa que tuviera por base el clericalismo y la fe. En los Estados prusianos, para los cargos de la Iglesia y de la escuela, y hasta para las funciones administrativas y judiciales, se tomaban en consideración las opiniones religiosas de los candidatos, y el ministerio de cultos, compuesto de hombres fervientes, había adoptado por línea de conducta, sus simpatías clericales. En medio de esas tendencias, el rey tenía tal vez la intención de dar á la Iglesia protestante en Alemania, esa unidad y esta solidez que le hubieran asegurado un puesto digno entre el catolicismo, tan severamente organizado en Francia, y el cisma griego de la Iglesia Rusa. Pero esta tendencia fracasó tanto á causa de las opiniones religiosas liberales de la clase media en Alemania, cuanto por la falta de los hombres que el rey elegía por consejeros y por ejecutores de sus proyectos.

En oposición á esta Iglesia de ahora en adelante reconocida por la Corte y el Consistorio, y á sus adeptos, los pietistas, formóse un círculo, que se llamó el Círculo protestante de los «amigos de la luz,» para el desenvolvimiento de un cristianismo racional, en armonía con las exigencias del espíritu moderno.

Alma de ese círculo lo era el predicador sajón Uhlich, hombre sensato que sabía unir la persistencia con el saber hacer; su divisa era «el racionalismo del buen sentido humano;» su apoyo, lo encontró en las clases medias y en el poderoso partido «del progreso.»

Muy espantado del eco que encontró esta doctrina en la burguesía, é inquieto por las consecuen-

cias que podía tener la falta de fe fácil á hacer nacer en el espíritu del pueblo á la voz de algunos hombres de ese partido, quienes, como Wislicenus, iban sobrado aprisa, enredándolo todo y entregándose á toda clase de excentricidades, la administración clerical intervino por medio de diferentes ordenanzas, prescribiendo como un deber sagrado á todos los pastores que se atuvieran á la letra misma de los libros simbólicos y de las confesiones de fe, fulminando la censura, la suspensión y la destitución de los recalcitrantes. Tal fué la suerte de Wislicenus en Halle, y de Rupp en Königsberg, quienes se separaron entrambos de la Iglesia oficial y agruparon á su alrededor las comunidades libres. Su ejemplo encontró imitadores en otras partes.

Uhlich que, como predicador y guía espiritual, tenía una gran influencia en Magdeburg para poder permitirse una modificación en el ritual fué primero amonestado, luego suspendido por la autoridad eclesiástica con muy poco acierto, y como no quisiera abandonar su iglesia parroquial, á pesar de un edicto de tolerancia que fué expedido á la vispera de la reunión de la Dieta,—Marzo de 1847,—y que concedía á las sectas reconocidas por el Estado los derechos civiles, fué privado de su cargo.

Tuvo esta medida por consecuencia la creación de una comunidad libre, y empujado por los sucesos, Uhlich, cada vez más se fué aproximando á las ideas anticlericales y materiales,—1846,—de otros hombres, salidos de la escuela de Schleiermacher, colocándose á la cabeza de la oposición á la Iglesia prusiana (Jonas, Krause).

Un sínodo general, convocado en Berlín, tomó el término medio entre la doctrina libre y el símbolo inspirado; pero disuelto antes de haber llegado al término de sus trabajos incapaz de hacer contribuir mucho más á las comunas á la vida clerical, por el voto de una constitución sinodal y presbiterial, no tuvo influencia alguna en el pueblo.

A causa del vivo interés que el pueblo alemán lleva á todo lo que toca á la religión y á la Iglesia, la idea concebida en Sajonia, pero que remontaba á un llamamiento anterior venido de Darmstadt, de fundar la *Unión de Gustavo Adolfo*, para salvaguardar la existencia de las comunidades protestantes que, en medio de los círculos católicos carecían de recursos, encontró gran eco,—1843.—Tras una reunión que se tuvo en Francfort, y en donde los estatutos fueron votados, antes que su Comité central se hubiese instalado en Leipzig y que Asambleas generales de los delegados de esta unión subdividida en tantos grupos hubiesen sido decididas